

Conservas Rodet (con t. en vez de l.) El anuncio de la falsificación invade los muros de la península. La Ley de Patentes se enmaraña, se retuerce, se pierde en todo un laberinto de legislación sobre marcas y nombres. La comida también se pervierte. Por más que se presenten los manjares en formas arquitecturales, el azafrán con gusto de iodoformo y el aceite rancio, imperan en las cocinas como las moscas en las regiones frutales. Los mondadientes, gloriosamente enarbolados en los postres, operan una meticulosa, interminable limpieza bucal. En manos de aquellos hombres graves que gesticulan, parecen cetros o batutas.

Pero en un cadáver hay siempre grandeza. Caída, con el manto roto, España es siempre reina. Andalucía, con sus imponderables bailes gitanos, sus flores, sus mujeres, ejerce una extraña seducción sobre el visitante. Esos tipos netamente latinos, esos Trajano, esos Séneca, esos Pilatos; esos árabes de chaquetín y pantalón ajustado, rítmicos e indolentes con un admirable y gracioso don de réplica.... La inercia por todas partes, una inercia grave, académica.... "Je hais le mouvement qui déplace les lignes...."

Al atravesar los túneles, nadie se molesta en cerrar las ventanillas para impedir que el wagón se inunde de humo. Tampoco el tren se da prisa: 20 kilómetros por hora. Tanta postración ¿cómo pudo producir esas maravillas, esos prodigios de Burgos, de Toledo, de León, de todas partes?

Es que el pueblo, como los niños, está abandonado. En Santander he visto a un niño rico lanzar un escupitajo a la cara de su hermanita con solaz hilarante de la madre. En Granada, un jovencito, en compañía de su padre, lleva un gorrion atado de la pata a la punta de un palo. El infeliz cautivo se posa en la punta del palo, emprende un corto vuelo.... y vuelve al palo. Imaginación y crueldad.... Y el padre da un sueldo al niño para que lo pase a un pobre....

El interés con que penetramos en la vieja tierra es-

pañola, se acrecienta por estos contrastes: Además, ¿podríamos olvidarlo? Criollos de América, debemos a las mujeres de su raza, si no la sangre, lo mejor de nuestros estremecimientos de amor.

Los males de México los encontramos aquí en toda su plenitud, atenuados por la libertad y las garantías, pero agravados por la falta de trabajo y una organización caótica. He visto hombres maduros limpiando botas y mujeres agotando sus fuerzas en duras faenas de doce horas diarias por un salario de cinco y siete sueldos (fábricas de conservas de Vigo). He visto a los gañanes de Andalucía trabajar de 6 a 6 por un real, el bohío, pan, aceite y sal (una hora para comer; cinco minutos seis veces al día, para fumar).

¿Cuál es la causa de este fenómeno? Las tierras, incultas; los hombres llenos de salud y de energías. Los campos: abandonados; los solares: sin edificios; los brazos: cruzados. ¿Falta dinero? No. Los millones permanecen en los Bancos, ávidos de hallar empleo o contentándose con la mísera ganancia de los fondos públicos, en tanto que muchos millones de españoles siguen sin trabajo, andrajosos y hambrientos. Por qué ese capital y ese trabajo ociosos, los dos factores de la producción no se encuentran y combinan, sino que se consumen en la inacción, a la vista de la miseria? Porque el capitalista español, como su hijo el capitalista hispano-americano, no es ambicioso, sino egoísta; no es creador, sino imitador; no es innovador, sino rutinario. No progresa, sino que descansa; no procede, sino que difiere; no aprende, sino que olvida. El capitalista español carece de iniciativa, de genio creador y de potencia ejecutora. Mientras en toda Europa los hombres se disputan las tierras para trabajarlas, en España, dice un periódico de Madrid, el 80 por ciento de los campos está sin cultivar. La riqueza oculta es imponderable. Las familias—lapas—los Montero, los Pidal, los Reverter, los Salvador—viven a costa del país, explotan a los hombres y desdennan a las tierras. Por eso el campesino emigra. Las esta-

dísticas oficiales dan ya sumas superiores a 190,000 en rápida progresión creciente todos los años.

Y esos son los que van a América. En su tierra fueron arrendatarios, aparceros, colonos o labriegos, sin ganar otra cosa sino lo estrictamente necesario para no morir de hambre. En eterna lucha con la miseria, no tuvieron fuerzas ni recursos para cultivarse y como la vida fué para ellos tan dura, se hacen sórdidos, crueles, falaces y malignos. Explotado en Andalucía por la renta y en Galicia por el laudemio del foro, el campesino español no es progresivo porque es ignorante y porque no le aprovecha. Valencia y Vizcaya son excepciones. España toda ha sido siempre tan fértil como dice la tradición. El hambre campesina no es el resultado de una menor feracidad del campo. El hombre hace la tierra, la mejora, la realza o la abandona.

Los gobernantes de España, como sus hijos de México, no se cuidan de remediar los agobios de sus clases productoras porque no sienten la revolución que bulle en la atmósfera. Mientras el gañán de España, el peón de México, no vivan como el "guajiro" de Cuba o el "concho" de Costa Rica, para no citar países con que no podemos compararnos, la rebelión es el más sagrado de sus derechos. Los cuatro millones de hombres robustos que penan y gimen en los campos ibéros, preparan graves cosas para el futuro. Aquí, en España, son nuestros hermanos. Cuando van a América, y trabajan y se enriquecen, se convierten en los más crueles de nuestros tiranos. De labriego, el español transplantado a América, se torna en capataz tanto más fiero cuanto mayor y más pesada fué su servidumbre.

Las familias de nuestros colonos de América que hoy usan reloj, cadena, zapato muy amarillo y llevan el sombrero a media cabeza, como llevaron la honrada boina ("el zapato y el sombrero hacen al hombre caballero") las familias de nuestros potentados ciudadélicos esperan con ansia, aquí en España, un Madero, un loco, un per-

turbador del orden social" . . . . . un orden social fundado sobre la iniquidad y el abuso.

En un porvenir mas o menos lejano, España recobrará, por la Revolución, su antiguo esplendor. Los vicios del español actual son muy corregibles por la cultura. Al lado de esos vicios de educación, no debe olvidarse que una innegable virtud los coloca por encima de todos los demás europeos: su sobriedad no igualada por ningún pueblo blanco. Los pueblos del Norte, por su siempre creciente intemperancia, tendrán que venir a la decadencia. Además, España es el único callejón que conduce a ese gran continente africano tan codiciado por todas las potencias. El gran obstáculo para el progreso de la península es un monte, es esa cadena de montes que se llaman los Pirineos. El día que sus hijos los horaden con grandes boquetes por todas partes, en las calles de sus ciudades veremos menos niños jugando al toro y muchos hombres enérgicos y macizos abriendo carreteras y vías férreas; cubriendo de árboles sus hoy desiertos campos; fecundando su suelo con canales de riego que multiplicarán su producción de pastos, almen-dras, tabaco, -vinos, frutas y aceites; mejorando su industria pobre; utilizando esos cientos de miles de caballos de fuerza que desarrollan sus caídas de agua y extrayendo de su subsuelo el rico tesoro que hoy esconde en sus entrañas. Cuando su país sea rico, los españoles no vendrán a América. . . . y entonces, al través del Océano, con sus labriegos que ya no se convertirán en nuestros amos, departiremos fraternalmente.

No conozco, aparte el Indio, trabajador más resistente que el trabajador español. Ni tampoco más enérgico. Lo he visto, en el Sur de Francia, desempeñando faenas de terracería y de labranza que hubieran agotado a cualquier otro europeo. Su tesón es incomparable. En América, ningún extranjero puede medir con ellos su capacidad de trabajo. En Cuba conservan y aún au-

mentan todo lo que conquistaron en la colonia, mientras el yanqui, atónito, se pregunta por qué la isla no está ya dentro de su dominación comercial. Si la energía española se temperase por un buen sentino común, por un buen sentido moral, por una buena educación, el despertar de este pueblo asombraría al mundo. Por ahora, la inferioridad de su cultura, su aspereza, su desorientación moral, lo alejan de los centros modernos donde se lucha, no solo por la energía física, sino, sobre todo, por los conocimientos, por la experiencia, por la iniciativa, por la disciplina y por el orden. En Francia, en toda Europa, el español es aristócrata, bailarín o sablista: en América, es propietario. Por eso emigra a América, porque sabe que ahí, en países embrionarios, su energía vencerá indefectiblemente. Y de ahí su incorregible orgullo. Como ignora las lenguas extranjeras, como lo ignora todo, como no puede compararse sino con países iniciales estancados también, en gran parte, por su propia culpa, se imagina aún ser dueño del mundo cuando en realidad es, con Turquía (otra semita), la más atrasada de todas las naciones europeas, la que menor contingente ha traído al progreso moderno. (1)

En el continente, su incultura y su fanfarronería los hace antipáticos. En América, su rapacidad, su crueldad, su orgullo, los hace odiosos. Cuando fueron nuestros amos, los odiábamos con todo el alma, porque nos

(1) He aquí lo que dice "Cráter" acerca de los conquistadores de América. "El conquistador no supo colonizar América sino con abarroteros y capataces: como el Español de hoy no ha podido colonizar su propio país cuyos campos, desolados e incultos en grandes extensiones, reclaman el azadón del campesino o el barreno del minero. Que se piense bien en esto: sin el Indio, "bestia de carga", bestia de todo, ¿qué hubiera hecho el Español en América? Que lo diga España, que lo diga esa vieja y rica tierra, tan virgen en muchas partes como las vírgenes arenas del Sahara. ¿Qué ha hecho el Español en España? Bellos cuadros, bellas letras, bella arquitectura; pero sobre todo, mucho baile y mucha política. En América inhabitada, el Español hubiera vivido, mas no habría medrado, pues las tierras no se labran solas. La mejor conquista de los Españoles en Indias no fueron nuestras ricas minas, nuestras ricas tierras, y hoy día, hay que decirlo..... nuestras ricas mujeres. La mejor conquista de los Españoles en Indias fué el Indio".

sorbían la sangre, nos explotaban, nos despreciaban. El insurrecto cubano llevaba en la mente el verso de Martí:

Yo quiero cuando me muera  
Sin patria, pero sin amo.....

mientras las feroces hordas peninsulares, incendiaban, pillaban, martirizaban, fusilaban, reconcentraban, exterminaban. Se apaleaba a los nativos en plena calle. En vez de hacer de aquellos países su más legítima gloria, los convertían en tierra de esclavos, en tiendas de comerciantes, en campos de ladrones.

Y así rapaces, así egoístas, son caritativos. Para comprender a Cervantes, hay que venir a España. Don Quijote y Sancho Panza se codean constantemente en este país de soberbias grandezas, de increíbles miserias, de bruscos y asombrosos contrastes. Los mendigos abundan. He visto uno con dos sombreros: uno para implorar y otro para cubrirse. Y todo el mundo da o se excusa: perdone, hermano. He visto, en Madrid, un grupo de mujeres del pueblo, graciosas y sabrosas como racimos de uvas, cotizarse de a perra chica para socorrer a un pobre.... El mal en España no viene de abajo: viene de la vieja casta colonial de familias parasitarias, de su funcionarismo logrero, apático y múltiple. El mal de España, como el mal de México, no es otro que la falta de una "élite" directora, una "élite" activa, consciente de sus deberes para con el pueblo sufrido y productor.

Pero si el pueblo español es caritativo porque no está organizado, es también ingrato porque su corazón no está formado. Cuando van a América trabajan como bárbaros, hacen trabajar como bestias, compran o arriendan una tierra y toman servidores. A empleados y a peones les pagan mal. Su tenedor de libros, criollo, vive a dos codos de la indigencia, trabaja poco porque así lo hicieron y además porque sabe que el pariente del amo, lleno de ambiciones que van a cumplirse, se le pondrá siempre delante. Su peón, indio, vive a dos codos del

hambre, trabaja poco a veces, mucho con frecuencia, pero conoce, como el gañan de España, la perfecta inutilidad del esfuerzo. En América, sí recompensan a los suyos por solidaridad semítica instintiva. El padre de mi mejor amigo trabajó, en servicio de uno, tres años más que medio siglo; era francés, y quién dice francés dice trabajo inteligente, metódico, previsor y progresista. Torpe, haragán o vicioso, no habría podido quedarse cincuenta y tres años al servicio de un mismo patrón. Sobre la misma carpeta, sus espaldas se encorvaron bajo el peso de los años, las responsabilidades y el trabajo de 6 a 6. Administraba la hacienda mientras su tirano, acá en España, incubaba grandes proyectos frente a la Concha de San Sebastián o en las floridas huertas de Valencia. Cada vez que este venía, regañaba, tempestaba, lo encontraba todo mal, pero con una palabra insinuada a tiempo, mantenía vivo el fuego de la dulce esperanza... el retiro, la pobre soñada recompensa de los abnegados, de los fracasados, de los humildes. El pobre viejo no podía irse. Doce hijos, dos suegras, la esposa, algunos viejos sirvientes... Y luego, aislado en aquel solar, sin relaciones, sin apoyo; las colegiaturas de los hijos en las ciudades, el mayor, médico, practicando en París... Todos sus hijos habían nacido en la misma casa, en la misma pieza en el mismo lecho. De todo, solo el lecho era propio. Cuando el viejo murió, sin una peseta, el patrón hizo avisar a su viuda que desalojara la casa....

En los campos de Cuba y la Argentina, son colonos, aparceros o simples labriegos: en México, su verdadera Jauja, son siempre amos o futuros amos. Quién no ha visto nunca en México a un español o a un hijo de español trabajando con el azadón o el arado? En Cuba, particularmente, los trabajos más penosos son desempeñados, no por nativos blancos o negros, sino por gallegos. En la Habana, he oído a una negra decir a una mulata que se ocupaba en lavar un suelo: "Deja eso, chica, eso es faena de gallegos," y Julio Huret, el escritor-turista,

cuenta que una nodriza gallega, habiendo consentido en tomar un baño bajo promesa de veinte pesos, fué encontrada media hora después frente a la tina: "Estoy pensando en cómo voy a tragarme toda esa agua", dijo. Pero en México, si son incultos, tienen las mejores tierras, las mejores tiendas y si saben escribir... las más ricas herederas (marido y breña, sholo de Eshpaña).

Por lo que a nosotros toca, después del estrago felixista debido en parte a la inconcebible intrusión de los residentes peninsulares, nos proponemos combatir toda la concreción hispánica que aún resta en nuestro continente. Maderistas, nos proponemos predicar el derecho azteca y su actuación en la actividad pública, como Morote, Unamuno, Pardo Bazán, Argenta y otros heraldos españoles, recetan a su país la *europaización* a pasto. Nos proponemos arrancar del alma criolla todos los viejos hábitos inveterados y hasta el recuerdo de desvanecidas glorias que ni a sus legítimos herederos aprovechan. Nuestros peninsulares seguirán cantando su vulgarota "Marcha de Cádiz" en las bullangas de la Cdonga en tanto que nosotros pondremos en manos de nuestros indios las tierras de sus abuelos y desenraizaremos del corazón nacional la podrida fibra que lo emponzoña y paraliza.

En los puntos de vista policial y social no conozco país más libre que la Isla de Cuba. Es muy probable que los gobernantes y los políticos sientan pesado el rooseveltiano "stick" que le enmienda Platt les impone sin aparente dureza; pero los simples ciudadanos, con esa franca indolencia que tanto nos desagrada al principio y que acabamos casi siempre por encontrar inteligente y grata, pasan su vida alegremente sin tomar a lo serio ni al tiempo, ni al amor (su ocupación predilecta) ni al cura, ni al presidente, ni al mundo. Llamam "Menocal" al primer magistrado como a su predecesor, el General Gómez, lo llamaban "José Miguel" sin más gra-

mática. Así los tratan sus periódicos y presumo que en lo privado los llaman "chico". Ni la gravedad española (los "peninsulares" forman la décima parte de la población total) ni la más reciente influencia norte-americana logran ensombrecer a ese pueblo alegre, vivaracho, imaginativo y despreocupado por excelencia. Ante el gallego tesonudo y rapaz, como ante el gigante rubio y sanguinario, ambicioso y metódico,—patos de la Florida llaman a los yanquis—el isleño de la Gran Antilla se mantiene con esa gallarda "frescura" que podrá disgustar a algunos, pero cuya naturalidad es evidente por mucho que a veces parezca artificiosa. En todo caso, si los cubanos son "afectados", muy curioso es observar que no lo son más que en "no serlo". El elegante desenfado de esa juventud que tiene el mal gusto de empolvase el rostro, contrasta con el falso "chic" de nuestros melindrosos y aburridos "lagartijos". Con esta modalidad, un pueblo es ya suficientemente interesante para los que pensamos en la necesidad de alejar de nuestra vida esa concepción torpe y complicada que nos hace insoportable la compañía de ciertos europeos taciturnos o gerarquizados por tradiciones que los hombres de países nuevos no podremos aceptar nunca. Para los que fatigados de la tiranía social del viejo mundo o de la tiranía política de este convulsivo continente, venimos a la Isla y vemos que un gendarme separa a dos rijosos sin servirse del garrote y concretándose—si la bofetada hizo sangría— a exigir la tarjeta para citar al "precinto", el sentimiento de vaga superioridad inseparable del que se encuentra en un país nuevo y pequeño, conviértese bien pronto en una cordialidad franca y sonriente. No creo que se conozca, en ningún país, la liberalidad, la "democracia social" tan positiva en las costumbres cubanas. (1)

(1) Contaré algo muy pintoresco. Una aristocrática dama europea, con el propósito de pasar el invierno en este gracioso país de las palmeras, el tabaco y los "chivos", se instala en el Vedado (el barrio "chic" de la Habana) y toma una mulata a su servicio. Ignorante del protocolo doméstico, la inexperta criadita, al entregar la correspondencia del día, recibe de su ama esta pri-

El criollo cubano es más sobrio, más formal y mucho más sensual que el mexicano. A los doce años descubre el amor, y parece haber encontrado, desde ese momento, la razón de su existencia. El ambiente espiritual y artístico es aquí más precario que en México; pero se hace más "vida moderna" desgraciadamente afeada por infames teatros cuya desconcertante y baja lubricidad inclina a juicios quizá exagerados sobre las costumbres, por mucho que comprendamos, desde nuestra llegada, que el concepto amoroso del cubano—tan distanciado en esta materia del de su hermano de ultramar— no sea precisamente el de Petrarca por su Laura. Para las familias extranjeras, el prurito de esta juventud acicalada y desenvuelta es fatigoso y ultrajante en grado sumo, pues impide el libre tránsito de las señoras por las aceras centrales donde el piropo insinuante y desgarbado impera sin la gracia y la cortesía que pudieran atenuar su inconveniencia. Cuando sabemos que conversar es el mayor placer del francés, beber el del mexicano y jugar "sports" violentos el del anglo-sajón, podemos deducir que el francés es lógico, combativo el inglés y soñador o indisciplinado el mexicano. El cubano habla mucho aunque conversa poco, bebe café, horchata o refrescos y en los últimos tiempos, después de haber abolido las corridas de toros (lo que demuestra tanto como otras cosas su superioridad de civilización sobre nosotros) parece aficionarse a los juegos deportivos. Esa propensión erótica que el encanto fluido y lánguido de sus mujeres justifica hasta cierto punto, pero que en la vida social debiera tener sus respetos y restricciones, es su verdadera característica o por lo menos

mera lección: "La próxima vez, me traerá usted las cartas en una bandeja". Por la noche, la señora tiene invitados y ordena que se disponga la cena.—No, señora,—dice la sirvienta—hágame usted mi cuenta porque me marchó.—Bien, se irá usted mañana.—No, señora, me marchó ahora mismito.—Pero tengo invitados! insiste el ama que por fin, ante la obstinada mulática, cede y se dispone a entregarle su salario: No, señora, a mí me da usted mi dinero en el platico, arguye con dignidad la galopina....

lo que más parece ocupar su exuberante imaginación. (1).

Pero si el criollo cubano difiere tanto de su vecino mexicano, sorprende aún más la analogía de este último con el costarricense. Tan extraña semejanza se acentúa particularmente en el chiapaneco. ¿Cómo explicarse esta anomalía? El mexicano ignora más al costarricense que al ruso y recíprocamente. Muchos habrán pasado su vida sin encontrar en su camino uno solo de sus hermanos de allende el Suchiate y, sin embargo, los modales, el lenguaje, el humor y hasta los cantos populares, tienen entre ellos mayor semejanza, no obstante que la Habana o Santiago de Cuba son el tránsito obligado de unos y otros para los Estados Unidos y Europa, en tanto que las repúblicas del Continente no tienen entre sí comercio intelectual o material alguno. Todos tienden hacia Europa o los Estados Unidos sin conceder una sola mirada a su vecina.

En mi primer viaje por el Sud-Este de Chiapas, pude imaginarme haber conocido el más hermoso país del mundo. En el hotel de Puerto-Antonio (Jamaica) frente a un lago azul que refleja la montaña, me pareció contemplar, una tarde de abril, el más hermoso de los paisajes rústicos. Costa-Rica supera a todo. El salvaje esplendor de su panorama, en el curso del ferrocarril que de Puerto Limón conduce a la Capital de la República, produce una sensación de belleza imposible de describir. Los árboles elevan sus copas altísimas entre grutas de verdura que dejan caer, suspendidas, sus enormes cabelleras plateadas y algodónadas que los nativos llaman "barbas de viejo". El fastuoso monte no tiene límites.

(1) El ingenio popular andaluz ha dejado su marca en esta gente interesante y frívola. No dejaré de citar una réplica cuyo recuerdo me hace aún reír de buena gana. En la bahía, dos boteros, un andaluz y un negro, se cambian cuchufletas a granel.—Y en Africa qué hay?—pregunta el andaluz. Sin vacilar, con admirable agilidad mental, el negrito responde simplemente: "ave, truse" y sigue remando sin inmutarse.

Su inmensa fronda tapiza los valles, envuelve las montañas con todos los matices del verde, inclusive el verdinegro de Europa, picado aquí y allá por la nota roja o amarilla de un ramillete de árboles en flor, hasta perderse en las alturas del cielo azul. La variedad de aves es infinita, desde el águila blanca hasta el diminuto pájaro mosca y el simbólico quetzal, el pájaro verde que Guatemala (triste ironía!) adoptó como emblema porque sólo puede vivir en libertad y muere en cuanto se le enjaula. Cuéntase que el tenebroso Estrada Cabrera guarda en su mesa de noche un quetzal muerto.

Costa-Rica, como los Estados Unidos, conservan algunos indios vivos a título de curiosidad histórica; pero reclusos en el fondo de la montaña, son tan pacíficos, aunque quizá no tan oprimidos como nuestros sanpedranos de Chiapas. El criollo rural usa pantalón, desdén el zapato y labra la tierra, condición esta última que lo distingue de su hermano de México. A menudo propietario de una parcela de tierra, una choza y un par de bueyes, la "manía política" de sus abuelos se manifiesta con una moderación que deleita a sus hombres públicos. Sin la creciente influencia de una intrusa, la "United Fruit Co.", cuya judaica organización tiene a los patriotas nativos en constante alarma, esta apacible república, con una población inferior a la Capital de México, podría considerarse venturosa.

A los Mexicanos del Sur.

Conciudadanos:

Hemos arojado a los tiranos de nuestro suelo. Todo el Norte, desde Durango, Torreón, Monterrey y Tampico se encuentra hoy controlado por nuestras autoridades civiles y militares. Despechados por sus constantes fracasos, vuestros soldados han destruido una de